ABECEDARIO DE LA QUIMERA

Alcy Zambrano García

A Dubis Maury González

Camino a la sombra
que en medio de la canícula
se abre en la ribera.

El río danza
con los caliches
haciéndolos sonar
en sus entrañas.

Es un canto
que anuncia la llegada del invierno.

Le escucho
desde la hojarasca
y jugueteo con las estrellas:
cuento doscientas y devuelvo
la vista a la corriente
que se mueve como el tiempo.

Un pitirri
picotea a un saltamontes
y su lamento llega a mis oídos.

Como citar

Zambrano García, A. (2020). Abecedario de la quimera. En: Orejarena Torres, J. (ed. académico). *Maqroll y el imperio de la literatura: ensayos sobre la vida y obra de Álvaro Mutis. Volumen I*. (pp. 231-238). Colombia; México: Editorial Universidad Santiago de Cali; Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. DOI: https://doi.org/10.35985/9789585522282.24

La cigarra insiste
en que su canto
no ha de dejar
dormir al mundo.

Avanza la mano
sobre el herbaje
en dirección contraria
al río.

Dos tórtolas
se picotean
en una ebria danza
que pronto los conducirá
a la ardiente gruta
cegada entre las estelas.

En la oscuridad
se abre paso
un navío que tose.
Ahí viene mi esperanza.

Ha pasado muchas tribulaciones
para entregar el canto.

Trae en su equipaje
los primeros besos
Que intercambié en el naranjero. Siento su aroma
impregnándose en las pocas prendas
que le cubren.

Cuando en la cálida tarde
su frágil cuerpo se entregaba al mío
ella huía a limpiar su pecado
mientras su cabellera
corría a los pasos de las corrientes del ancho río.

Sudo
y silbo
en la mañana florida.

Da el rocío
su cuota de
lágrimas
a la tierra.

Retorna
la piel
a la grieta.

Brama
en su caída
la roca.

No cesa
la cigarra
en su tímida
propuesta.

La extranjera
crea con su dorado cabello
una bella trenza
que cae,
cae,
cae,
a sus rodillas.

Cuando niños fuimos
jugueteábamos en el traspatio
cubriendo nuestras espaldas
con las espigas de las hojas secas.

Su cabello
enredado entre mis dedos
impedía quitarme la picazón.

Feliz yace
en la hierba
la baba
que bajaba
por sus pezones
en aquellas
tardes en que nos
devorábamos.

Gritos en el pasillo
aturdían nuestros cuerpos
y ella regresaba
a su labor tortuosa.

Cuando por el torrente bajó el vapor
toda una nube se posó ante el sol.

El zumbido del motor
ahogó el bufido de la bestia.

En el muelle saltaban los anfitriones.
La felicidad ocultaba la triste derrota
a la que por años hube entregarme.

La más ardiente
sonrisa
se abrió paso
en medio de la chiquillada
que había olvidado
el por qué de su algarabía.

Sube la luna
en línea recta
y le sigue
una estrella
como queriendo
unirse a ella.

La limpieza de los socavones
ha comenzado.

La canícula
insiste,
quizás ella es
también una cigarra.
Resplandecen las luces en la profundidad del navío.
La llovizna hace presencia en la noche.

La pesadez del sudor
se adhiere a las sábanas
y los cuerpos adormecidos
marchan a la orilla
a henchir de angustia
a las crías que
penden de la bonga.

El anfitrión
pasa a ocupar
la pequeña bahía
construida por los marinos
tras la pasada tempestad.

Enciende las luces
y origina un extraño paisaje
que embellece a la madrugada.

Allá
en la casona de techos elevados
una ducha acaricia
los despiertos pechos de la
recién
llegada.

No recuerdo su voz
y, sin embargo,

creo escuchar de sus labios
las mismas palabras
que pronunciaba
en el traspatio.

Cuando
revisaba las hojas
podridas
y descubría cúmulo de insectos,
color grisáceo,
quienes con sus múltiples
patas
trataban de guarecerse
en otras hojas.

La casona
brilla igual que el navío.

La noche viste
a ambos sitios
que pronto la neblina
cubrirá con su manto.

Voy en medio
del fango
de regreso a casa.
Un estampido de turpiales
Hace que retorne la vista al río.

¡Ay, como boyan los cuerpos
y las aves de rapiña adormecen en
la podredumbre!

De las montañas,
acribillados cuerpos
descienden por las densas aguas
a la mar.

Pertenecen
a un lejano país
donde la guerra
jamás ha cesado.

De este lado,
hileras de cocoteros
se baten con el viento.
Se baten los cocoteros
donde un día nos cubrió la pasión.
Y la carne de los cocos
resbalaban por tu vientre.

Una mañana
llegó un forastero
y topó su baúl
con nuestros ardientes cuerpos.

El error
fue nuestro:
hoy los frágiles gestos
se niegan a reconocerse.

Marcho al río
a recoger los labios que al atardecer se ofrecieron.

A uno y otro lado la extranjera se entrega.
Secretamente un pistilo segrega su néctar.
Rebasando las líneas del trágico destino.

Leva
la nave y en su vagar sin descanso
se lleva lo que más amo.

Huye,
huye mi vida
en algún
rincón del vapor
que ruidosamente
avanza al olvido.